

Hacia una teología de la administración eclesiástica, II

Esta mañana hablábamos acerca de la *ausencia* de Dios como el espacio para la mayordomía—o, si se prefiere, para la administración eclesiástica—y terminamos hablando acerca de la *presencia* del Espíritu Santo, de la presencia pericorética de la Trinidad en el Espíritu Santo, y de lo que esto implica para un buen entendimiento de la administración eclesiástica. Esta tarde quisiera comenzar donde dejamos las cosas esta mañana, y referirme en primer lugar a otro modo en el que el Señor ausente se ofrece sin embargo a estar presente entre nosotros.

En efecto, hay que señalar que hay otro modo en que el Señor les dice a sus discípulos que estará presente entre ellos aun después de su ascensión. Inmediatamente tras la parábola de los talentos y del amo que parte a tierra lejana, Jesús continúa hablándoles a los discípulos de cómo estará él presente entre ellos después de su partida—durante ese tiempo en que al parecer se habrá ido a una tierra lejana. Les dice: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria”—es decir, cuando el amo ausente retorne—y pasa entonces a describir el juicio final, un juicio en el que se pasará sentencia, no en base a la ortodoxia de cada cual, ni en base a su asistencia a la iglesia, sino en base a su servicio a los hambrientos, a los sedientos, a los forasteros, a los desnudos, a los enfermos y a los prisioneros. Y, como si eso fuera poco, tanto a los herederos del Reino como a los herederos del fuego eterno, les dice que “en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”. Y vice versa: “En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.”

Mucho se ha escrito acerca de este pasaje, y mucho más pudiera escribirse. En el contexto de lo que aquí nos ocupa, quisiera al menos ofrecer dos pistas hermenéuticas para su interpretación.

Primera pista: Cuando Jesús dice, “a mí lo hicisteis”, tomemos el pasaje literalmente. En tal caso, si bien la parábola de los talentos se refiere a la ausencia del Señor, el pasaje sobre el juicio de las naciones se refiere a su presencia—presencia velada, pero no por ello menos real. El Señor que no nos ha dejado solos nos da su presencia, no solamente en el Espíritu Santo, y no solamente, como la iglesia repetidamente lo ha afirmado, en el culto, y particularmente en la eucaristía, sino también en el prójimo necesitado.

Hay una antigua historia acerca de un joven soldado, recién convertido al cristianismo, a quien la posteridad conoce como San Martín de Tours. Se cuenta que un invierno, al entrar a la ciudad de Amiens, el joven Martín se encontró con un mendigo que tiritaba de frío y pedía limosnas. Como tan frecuentemente sucedía con los soldados romanos de aquel tiempo, Martín no tenía dinero que darle. Pero en lugar de ello tomó su capa, la rompió en dos, y le dio la mitad al mendigo. Los compañeros de Martín se burlaron de él. Pero esa noche vio compensadas sus bursas cuando en sueños se le apareció un mendigo, cubierto con una rota capa de soldado, que extendiendo hacia él sus manos heridas le decía: «Cuantas veces lo hicisteis a uno de éstos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.»

Cuando Martín compartió su capa con el mendigo, él y el mendigo no estaban solos. Había allí un tercero, el Señor que había declarado «Cuantas veces lo hicisteis a uno de éstos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.». El Señor ausente está presente en el prójimo necesitado, en el hermano o la hermana más pequeñitos.

Segunda pista hermenéutica: Este pasaje, frecuentemente llamado “el juicio de las naciones”, aparece inmediatamente después de la parábola de los talentos. Lo que une ambos pasajes es la partícula griega *dé*, difícil de traducir, pero que tiene la función de unir una oración

o un párrafo con otro—como nuestro “por tanto”, o nuestro “entonces”. El comienzo del versículo 31, que RVR traduce como “Cuando el Hijo del Hombre venga”, también podría traducirse: “Luego, cuando el Hijo del Hombre venga”, estableciendo así una relación entre lo que antecede, la parábola de los talentos, y lo que sigue, el juicio de las naciones. Esto quiere decir que bien podemos leer el juicio de las naciones como una explicación de la parábola de los talentos.

El hombre que en la parábola “se fue lejos” les dejó “sus bienes” a sus siervos: cinco talentos a uno, dos a otro, y uno al tercero. ¿Qué son entonces los talentos que el Señor ausente nos ha dejado? La interpretación más común es que esos talentos son las habilidades que tenemos. Es por eso que la palabra “talento”, que antiguamente era una medida de peso utilizada para medir metales preciosos, se ha vuelto sinónimo de “habilidad”—y así decimos que Fulano tiene gran talento musical, y que Mengana tiene talento científico.

Pero si el juicio de las naciones es explicación de la parábola de los talentos, entonces esos talentos, esos bienes suyos que el Señor ausente nos ha dejado para que los administremos según sus deseos, son las oportunidades de responder a las necesidades de los más necesitados.

No estoy diciendo que tengamos que descartar la interpretación más común, según la cual un “talento” es una habilidad. Sencillamente estoy sugiriendo que probemos pensar en otros términos, según los cuales un “talento” es una oportunidad de suplir la necesidad de otra persona, de un hermano hambriento, de una hermana sedienta.

Si miramos el pasaje de este otro modo, entonces los talentos no son cosa interna que tengamos que desarrollar, como quien tiene “talento” para la música y debe desarrollar ese don, sino que es una realidad externa, una oportunidad fuera de nosotros mismos.

Lo que esto implica para nuestras teorías y nuestras prácticas en la administración eclesiástica es de enorme importancia. Yo no conozco los detalles de los presupuestos de esta denominación, ni de los presupuestos de sus congregaciones locales. Pero si esta denominación es como la mía, sospecho que la mayor parte de los recursos se dedican a desarrollar los “talentos” internos de la comunidad de fe, y una ínfima parte al servicio de esos otros talentos que el Señor nos ha dado en las necesidades del mundo.

En el campo de la misiología, desde hace bastante tiempo se ha contrastado una supuesta misión centrípeta con la misión centrífuga de la iglesia. Es hora de que empecemos a contrastar también una administración centrípeta con una administración centrífuga —una administración verdaderamente misionera con una administración de autodefensa y autoengrandecimiento. Las teorías y prácticas de administración que se enseñan en las universidades y escuelas de administración son esencialmente centrípetas. Su propósito es hacer fluir los recursos hacia el centro, hacia la compañía que se administra. Tal es el caso, para mencionar el mismo ejemplo una vez más, de McDonald’s y de Kentucky Fried Chicken. Y eso no está mal en esos casos, pues el propósito de ambas compañías es hacer dinero.

Lo que confunde un poco las cosas es hay una dimensión aparentemente centrífuga en la administración de esas compañías. Tanto McDonald’s como Kentucky Fried Chicken se dedican a alimentar a las gentes. Del centro hacia fuera van las hamburguesas y los muslos de pollo. Pero ése no es el verdadero propósito de esas compañías. Su verdadero propósito no está en el flujo de la comida hacia los hambrientos, sino en el reflujó de los ingresos hacia los inversionistas. La dimensión centrífuga existe en función de la centrípeta, que es la que en fin de cuentas determina

las acciones y la administración de la compañía.

De igual modo, la administración eclesiástica tiene tanto una dimensión centrípeta como una dimensión centrífuga. Pero lo que estoy sugiriendo es que en el caso de la iglesia, en contraste con Kentucky Fried Chicken, la dimensión centrípeta ha de existir en función de la centrífuga. El propósito de Kentucky Fried Chicken es hacer dinero, hacer crecer la compañía, y se alimenta a los hambrientos para que la compañía crezca. El propósito de la iglesia es alimentar a los hambrientos —a los hambrientos de comida y a los hambrientos de la Palabra— y se administra la iglesia para que los hambrientos sean alimentados.

Ya que hemos estado hablando de Pentecostés y de Hechos, podríamos decir que si el propósito del Espíritu hubiese sido crear una administración centrípeta, el Espíritu hubiera hecho que los frigios, capadocios y mesopotámicos entendiesen el lenguaje de los discípulos. Pero, al hacerles el mensaje accesible a cada cual en su propia lengua, el Espíritu estaba señalando hacia una administración centrífuga —una administración en la que los márgenes, la periferia, serían en cierto sentido paradójico el centro de la misión.

Esto no les gusta a los doce. Por eso en Hechos 6, cuando aparece el conflicto entre ellos y su gente por una parte, y los helenistas por otra, los apóstoles sugieren lo que parece ser un gran cambio en la estructura, pero que al fin les deja a ellos a cargo de lo esencial: los siete que han de ser elegidos se ocuparán del servicio de las mesas. Pero ellos, los doce, seguirán estando a cargo de la predicación. (De paso, es interesante notar que, siguiendo el ejemplo de aquellos doce, cuando alguien critica el modo en que la iglesia se está manejando, la respuesta más común en nuestras denominaciones es la famosa “reestructuración”, y que por lo general al fin de cuentas, tras la supuesta reestructuración, la misma gente sigue estando encima de la nueva estructura.)

Pero el Espíritu Santo no concuerda con tales rejuegos, y lo que sucede es que tan pronto como los siete son nombrados, uno de ellos empieza a predicar. Y así resulta que Esteban, que según los doce se supone que no predique, predica el sermón más largo de todo el libro de Hechos. Y el mismo Esteban, que debía seguir las pautas trazadas por los doce, se antepone a todos ellos llevándose la gloria de ser el primer mártir cristiano. Y, como si eso fuera poco, en el capítulo 8, en lugar de regresar a los doce y a sus decisiones, Hechos se ocupa de la predicación de otro de los siete, Felipe, que tampoco se supone que ande predicando, pero que mientras los doce se quedan en Jerusalén, aparentemente olvidándose del propósito para el cual han recibido el Espíritu Santo, se vuelve testigo de Jesucristo en Samaria, y a través del eunuco etíope hasta los rincones de la tierra conocida.

Aun a pesar de los intentos centrípetos de los doce, el Espíritu dirige a la iglesia hacia una misión y una administración centrífugas.

Esto tiene implicaciones prácticas —implicaciones que frecuentemente afectan a la iglesia hispana. Una vez más, no conozco la administración interna de esta denominación. Pero puedo darles un ejemplo de lo que sucede en la mía, y ustedes sabrán si sucede en la de ustedes o no. Como decimos nosotros, “al que le venga bien el sayo, que se lo ponga” (no se por qué, en inglés es el zapato: “if the shoe fits...”). Sobre esto vamos a hablar más en el resto de la semana, con los pastores, y aquellos de ustedes que van a estar por acá oirán más del asunto. Pero dicho en breve, se trata de lo siguiente: Cuando nuestras denominaciones proyectan el inicio de nuevas congregaciones, tienden a hacerlo tomando en cuenta, no tanto quién necesita del Evangelio, sino dónde están las personas que más fácilmente pueden llegar a ser una iglesia al estilo de la denominación. Eso a su vez implica discriminación en base a clases sociales, culturas, etc. Y

esto sucede en denominaciones que repetidamente han protestado por prácticas discriminatorias semejantes por parte de los bancos.

Pero este contraste entre una visión y una administración centrípetas y una visión y una administración centrífugas afecta la vida toda de la iglesia.

Un ejemplo: En los últimos años, prácticamente todas las principales denominaciones protestantes que reciben el apelativo de “mainline” —denominaciones del “centro”— se han visto empantanadas en largas y amargas discusiones acerca de la ordenación de los homosexuales. No quiero minimizar la importancia de la cuestión, y de todos modos mi opinión respecto a tal ordenación no viene al caso. Pero lo que sí viene al caso es preguntarnos si en buena medida nuestro empantanamiento se debe al debate, o si el modo en que el debate se plantea no es ya señal de nuestro empantanamiento.

Me explico. Si nuestra visión de la iglesia, de su misión y por tanto de su administración, es centrípetas, lo más importante que ha de ocuparnos es nuestra propia vida interna —a quién ordenamos, y con qué requisitos— y nuestro prestigio —qué pensará la sociedad de nosotros. Si, por el contrario, nuestra visión y nuestra administración son centrífugas, lo más importante no es la iglesia, sino el mundo al cual la iglesia ha sido llamada. En tal caso, los problemas prioritarios para la iglesia no serán su propio orden o su propio prestigio, sino los problemas prioritarios para el mundo. En el mundo en que vivimos el tema de la homosexualidad, con todo y ser importante, no puede eclipsar ni ocultar muchísimos otros temas y problemas: la guerra injustificada e imperialista, el odio y el prejuicio interreligiosos, el hambre de millones y millones de personas, las relaciones injustas entre las naciones. En los Estados Unidos mismos, nos abocamos a una sociedad en la que cada día hay más personas sin acceso a los servicios médicos, más pobres sin

acceso a los servicios sociales, más ancianos abandonados y abusados, más tensiones raciales y culturales, más violencia doméstica. Pero con todo y eso, mi propia denominación acaba de terminar su Conferencia General —¡que gracias a Dios se reúne sólo cada cuatro años!— y ninguno de esos temas, ni siquiera todos esos temas juntos, ocuparon tanto tiempo como el de la ordenación de los homosexuales. ¿Por qué? ¿Porque el tema es más importante que los demás? Me parece que no. Nos ocupamos tanto de ese tema porque nos hemos vuelto una denominación que, en lugar de mirar al mundo al cual hemos sido enviados, nos miramos al ombligo, y nos preocupa más nuestra propia vida interna que la muerte del mundo que nos rodea.

Y esto tiene poco que ver con la cuestión de quién es liberal y quién es conservador. Prácticamente en todas nuestras denominaciones hay grupos supuestamente conservadores, que se pasan la vida quejándose de que la denominación no es suficientemente evangelística, pero que entonces, en lugar de hacer evangelismo, se dedican a buscar a quién echarle la culpa dentro de la denominación. Y hay grupos liberales para los que la misión no parece ser deshacerse del mal en el mundo, sino deshacerse de los conservadores dentro de la iglesia. Una vez más, eso es lo que sucede en mi denominación. Al que le venga el sayo...

El problema no es la ordenación o la no ordenación de los homosexuales. El problema no es que unos sean liberales y otros conservadores. El problema es mucho más serio. El problema es que ambos bandos en todas estas cuestiones se pelean por el control sobre la iglesia, y sobre todo por el control sobre el centro, como si fuese en el centro que está la actividad de Dios. Unos y otros estamos más preocupados por el prestigio de la iglesia que por el mundo y sus sufrimientos. En mi propia denominación, tomando otra vez el tema de la ordenación de los homosexuales como ejemplo, los que están en contra dicen que el prestigio de la iglesia requiere

que se prohíban tales ordenaciones. Y los que están a favor dicen que el prestigio de la iglesia requiere que se permitan tales ordenaciones.

¿Desde cuándo es el prestigio de la iglesia una consideración de primer orden? La respuesta es sencilla: desde que empezamos a gloriarnos en el título de ser iglesias “de centro” —o, como dicen en inglés, “mainline”. La pregunta difícil que hoy tenemos que hacernos, aun antes de empezar a discutir otros temas, es si en una sociedad en la que cada vez son más los marginados, en una sociedad en la que el centro explota los márgenes, una iglesia puede verdaderamente ser “de centro” y todavía reclamar para sí el título de “cristiana”. Me temo que no. Y me temo que el verdadero debate dentro de nuestras iglesias en el siglo veintiuno —el debate que evitamos a toda costa, porque sabemos que el precio es elevado— será el debate entre si nuestras denominaciones han de ser de centro o si han de ser cristianas.

En ese debate, no tengo duda acerca de la dirección en que ha de llevarnos el Espíritu que en aquel primer Pentecostés hizo que todos entendiesen el mensaje, “cada cual en su propia lengua”, y se derramó sobre jóvenes y ancianos, sobre hijos e hijas, sobre siervas y siervos. Y tampoco tengo dudas acerca de dónde la iglesia ha de encontrarse con el Señor ausente que sin embargo nos anuncia su presencia en “cada uno de estos, mis hermanos más pequeñitos”.

Pero los parábolas de mayordomía no terminan con la ausencia del Señor. La parábola de los talentos a que hemos venido refiriéndonos dice: “Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos.” La de las vírgenes sensatas e insensatas dice, “vino el esposo.” La parábola de la viña termina diciendo: “Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?” Otra dice, “Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle

haciendo así.” Las parábolas de la ausencia son también parábolas del regreso; las parábolas de la espera son también parábolas de la llegada. Y esto implica que la mayordomía, la administración en el tiempo de la ausencia del Señor, tiene también una dimensión escatológica. Administramos en espera y en anuncio del nuevo orden que esperamos.

En algunos círculos eclesiásticos, particularmente en los siglos diecinueve y veinte, la escatología se volvió cuestión de progreso histórico. Por ello se decía que estábamos “construyendo el Reino”, o a veces hasta que estábamos “trayendo el Reino”. Con razón, hubo muchos que protestaron que la venida del Reino es acción de Dios, y no de los humanos. Y esa protesta cobró fuerza según fuimos viendo los desastres hacia donde nos llevó el supuesto progreso humano: guerras mundiales, armas nucleares, desastres ecológicos. Frente a tales posturas, otros han hecho de la escatología cuestión de miedo y de especulación acerca de cuándo vendrá el Señor, si estamos en el quinto o en el sexto sello, si la bestia es Sadam o si es las Naciones Unidas, etc. Para tales personas, tiene razón el viejo dicho según el cual “lo bueno que tiene esto es lo malo que se está poniendo”, pues el Señor vendrá en medio de la gran tribulación, y por tanto no hay que preocuparse demasiado por los desastres ecológicos, por la injusticia social, por el hambre mundial, etc.

Hoy empero, existe un resurgimiento de la escatología como tema de esperanza —de esperanza no fundada en el progreso humano, sino en los propósitos eternos de Dios. El tiempo de la ausencia no durará para siempre. El esposo que parece demorar llegará, y habrá fiesta como de bodas.

Lo que todo esto quiere decir es que la administración eclesiástica ha de ser, además de centrífuga, escatológica. Es en este punto que, precisamente porque la iglesia no es una

institución como Kentucky Fried Chicken, la administración eclesiástica ha de ser radicalmente diferente de la de Kentucky Fried Chicken. Una compañía cualquiera no sabe ni puede saber lo que el futuro traerá. Un caso interesante en estos últimos días es el de la compañía Crispy Cream, que se dedica a producir “doughnuts”, y cuyas acciones hace un par de años estaban subiendo de precio a un ritmo sorprendente. Pero ahora, con la moda de las dietas bajas en carbohidratos, la situación ha cambiado, y no se sabe qué rumbo tomará la compañía. Por ello, cualquier empresa comercial se ve en la necesidad de administrarse según metas que ella misma se propone, y que considera accesibles dadas las circunstancias que se conocen. Tal es la visión del “management by objectives” a que me referí esta mañana, y que con toda una gama de variantes se utiliza todavía en círculos comerciales.

Pero la iglesia sí tiene una visión del futuro que no depende de las circunstancias históricas, de las dietas de moda, de los gustos de cada generación, de las vicisitudes políticas, o de los altibajos económicos. La iglesia sabe —o se supone que sepa— cuál es el fin de todas las cosas. La iglesia espera al esposo y el banquete de las bodas del Cordero. La iglesia espera el retorno del Señor de la viña. Lo que la iglesia espera no es un futuro incierto. La iglesia ya conoce al que ha de venir. Nuestra administración ha de ser, no solamente en base a metas inmediatas, sino también en base al futuro final que ya hemos vislumbrado en Jesucristo.

Permítaseme emplear un ejemplo que puede aclarar la importancia de nuestra visión del futuro. Mi suegro era un ávido lector de novelas de crimen y misterio. Tenía estantes y más estantes, paredes recubiertas de historias de misterio, en las que toda la trama giraba alrededor de la solución de un crimen. Mi suegro era el experto de la familia en todo lo que tenía que ver con tales novelas, pues apenas se publicaba una corría a comprarla, porque le fascinaba el proceso de

deducción mental que siguen los detectives de tales novelas. Pero con todo y eso, frecuentemente nos reíamos del modo en que leía esas novelas. Tan pronto como abría un nuevo libro, lo primero que hacía era ir al último capítulo y leerlo. Entonces volvía al comienzo y leía el libro, para ver cómo era que la trama llegaba al desenlace que ya él conocía.

A todos nos parecía que mi suegro tenía un modo raro e inexplicable de leer esas novelas. Después de todo, el atractivo de esas historias está precisamente en no saber quién es el asesino, y en tratar de descubrirlo antes que el autor nos lo diga. Lo que es más, nuestra mentalidad moderna se rebela contra ese modo de leer un libro, comenzando por el fin. Se nos ha enseñado a examinarlo todo por orden, y un orden que siempre es el mismo: desde el principio hasta el fin, o desde el pasado, hasta el presente, y luego hacia el futuro. En nuestra mentalidad moderna, si queremos entender algo, estudiamos los acontecimientos anteriores, que son los que han producido la situación presente.

Lo que le ha dado un auge particular a este modo de ver las cosas en la Edad Moderna es el éxito alcanzado por las ciencias físicas. Para las ciencias físicas, “comprender” algo es poder determinar y explicar sus causas. Y, cuando hoy hablamos de “causa”, lo que entendemos por ese término es lo que en la antigüedad se llamaba “causa eficiente”. La causa eficiente que hace que una bola de billar se mueva es otra bola de billar que la golpea. Y la causa eficiente del movimiento de esa otra bola de billar es que el taco la golpeó. Y la causa eficiente del movimiento del taco... y así sucesivamente, paso a paso, siempre hacia atrás, hacia el pasado, buscando la causa de cualquier fenómeno o acontecimiento.

Este modo de entender la causalidad nos ha ayudado a los modernos a manejarnos en el universo. Así sabemos, por ejemplo, que cierta enfermedad la produce tal virus, y entonces

buscamos el modo de atacar ese virus. O descubrimos que la electricidad funciona de cierta manera, y conociendo ese funcionamiento la domamos y la doblegamos para nuestros usos en la iluminación, en las comunicaciones, el transporte, la calefacción, etc. Ciertamente, el estudio de las causas eficientes de las cosas ha puesto en nuestras manos las riendas de muchísimos fenómenos—unas veces para bien, como en ciertos adelantos médicos, y otras para mal, como en las armas de destrucción masiva que caracterizan nuestra edad.

Pero las causas eficientes no son el único modo de ver y de darle sentido a la realidad. De hecho, a través de la historia la mayor parte de la humanidad ha creído que las verdaderas causas de las cosas y de los acontecimientos no se encuentran tanto en otros acontecimientos anteriores sino en un propósito; no tanto en lo pasado sino en el porvenir; no tanto en el origen de las cosas sino en su fin. Esto es lo que los filósofos medievales llamaban la “causa final” o “causa teleológica”. Las cosas suceden, no solamente porque algo aconteció antes, sino también y sobre todo porque están siendo llamadas, atraídas, hacia un futuro en cuya dirección se mueven. Es por esto que cuando los filósofos medievales decían que Dios es la “causa final” del universo, lo que querían decir no era sencillamente que al principio Dios creó todas las cosas y la echó a andar, como una primerísima causa eficiente, sino que lo que querían señalar es que Dios llama a todas las cosas desde el futuro, como su causa última en el sentido teleológico.

Quizá esto se nos haga difícil de entender o de aceptar, porque para nosotros la “causa y efecto” son una secuencia que se mueve según una línea cronológica, siempre desde el pasado, hacia el presente, y luego hacia el futuro. Como ya he señalado, este modo de ver las cosas ha sido profundamente impactado por el éxito práctico de las ciencias físicas, que ha dado en los desarrollos tecnológicos de la modernidad, y cuyo tema principal de estudio son precisamente las

causas eficientes.

Pero la verdad es que, hasta en la vida práctica y cotidiana, no vivimos únicamente en base a las causas eficientes. La razón por la que estoy aquí no es solamente que tomé un avión. La razón es también, a un nivel muchísimo más profundo, que antes de siquiera saber yo de esta reunión, alguien previó un futuro en el cual yo estaría aquí entre ustedes. Luego la causa teleológica explica por qué estoy aquí mejor que las causas eficientes. Estoy aquí, no solamente porque el pasado, por una serie de causas y efectos, me trajo hasta acá, sino también y sobre todo porque el futuro me atrajo hasta acá.

Y lo mismo es cierto de todos nosotros. Cuando salimos de nuestras casas por la mañana, y doblamos hacia la derecha o hacia la izquierda, esa decisión la tomamos en base al lugar hacia donde vamos—en otras palabras, que el futuro es la causa de nuestras decisiones y de nuestras acciones.

Una buena analogía de todo esto nos la provee my suegro leyendo una novela de crimen y misterio comenzando por el final. Desde el solo punto de vista de las causas eficientes, leer un libro de esa forma no tiene sentido, y por eso a veces nos mofábamos de él. Pero cuando nos detenemos a pensarlo, resulta que con toda probabilidad el modo en que mi suegro leía esos libros se acercaba más al modo en que el autor los había producido. Lo más probable es que el autor ya tenía en mente la solución final del crimen desde mucho antes de escribir la primera palabra. La trama del libro todo, de tapa a tapa, tiene entonces más sentido si se le lee, no como el resultado de docenas de acontecimientos separados que tienen lugar en orden cronológico, sino más bien como el resultado de ese acontecimiento final, de la solución del misterio, que es lo que atrae todo el resto de la trama hacia sí. Si leemos el libro empezando por la página uno

hasta la última página, no es sino en esa última página que nos enteramos, por ejemplo, de que el asesino es el jardinero. Pero si empezamos leyendo esa última página, como lo hacía mi suegro, entonces al ir leyendo el resto del libro lo entendemos de otro modo. Si estoy leyendo el libro del modo tradicional, cuando el teléfono suena en la página cinco creo saber que suena porque Pedro está llamando. Pero si lo leo como lo leía mi suegro, sé que la verdadera razón por la que el teléfono suena es que el asesino es el jardinero. O cuando el pan se quema en el horno en la página cincuenta, creo saber que se quemó porque estuvo demasiado tiempo en el horno; pero mi suegro hubiera sabido que se quemó porque el asesino va a ser el jardinero—aunque en la página cincuenta el crimen no se haya cometido todavía. En resumen, que al leer el libro empezando, no por su inicio, sino por su fin, tenemos una visión más clara del modo en que la trama se desenvuelve en la mente del autor.

En cierto modo, algo semejante sucede con la creación y con la historia. Podemos estudiar la creación en todos sus detalles, limitándonos siempre a las causas eficientes, e imaginarnos que la entendemos. Podemos estudiar los acontecimientos históricos cuidadosamente, buscando las causas eficientes de cada uno de ellos, e imaginarnos que los entendemos. Pero eso es como leer el libro desde la página uno y llegar a la cincuenta, donde el pan se quema en el horno. Entendemos que se quema porque se quedó en el horno; y eso es verdad en cierto plano de entendimiento. Pero la verdadera razón por la que el pan se quema en la página cincuenta es porque doscientas páginas más tarde se nos va a decir que el asesino es el jardinero. De igual modo, no sondeamos el sentido último de la creación y de la historia sino cuando nos asomamos al fin para el que la creación fue hecha, y al propósito hacia el cual la historia se mueve.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando esperamos un futuro particular? Lo primero que sucede es que empezamos a vivir a partir de ese futuro. Supónganse que yo les dijera que estoy seguro de que los Bravos de Atlanta van a ir a la Serie Mundial este año, y difícilmente puedo esperar a que llegue octubre, para irlos a ver. Tan pronto como los boletos para la Serie Mundial estén a la venta, yo voy a ser el primero en comprar los míos. Supongan que entonces uno de ustedes me pregunta: «¿Qué te parece Rafael Furcal?» Y yo le contesto: «La verdad es que no sé quién es Rafael Furcal, y no he visto a los Bravos jugar. Ya para cuando llegue la Serie Mundial me ocuparé de los Bravos. Pero por ahora estoy siguiendo a los Yankees, que son mejores jugadores.» ¿Qué pensarán ustedes acerca de mi confianza en el triunfo de los Bravos?

Entonces viene la iglesia, anunciando su confianza en el triunfo final del Cordero. Pero mientras tanto, cuando de determinar prioridades se trata, parece que los lobos cuentan más que los corderos. Anunciamos un reino de paz y de justicia, donde se sentarán cada cual debajo de su vid y cada cual debajo de su higuera. Pero mientras tanto los latinos que andan recogiendo uvas y lechuga, y que no tienen siquiera una higuera para darse sombra, cuentan menos que los terratenientes, que les pagan una miseria a los obreros, pero contribuyen significativamente a los presupuestos de la iglesia. En una palabra, al tiempo que proclamamos el triunfo final del Resucitado actuamos como si el futuro de la iglesia dependiese de los jefes de turno, de los señores del momento.

Lo que esto implica para la administración eclesiástica debería estar claro. La administración eclesiástica no puede limitarse a responder a los retos del momento, sino que tiene que dar señales del futuro que esperamos. La gran tragedia de buena parte de la administración eclesiástica, tal como se enseña en muchos de nuestros seminarios y como se

práctica en muchas de nuestras denominaciones, es que nos limitamos a los retos del presente, y no permitimos que el futuro que esperamos nos lleve más allá de esos retos, a responder de modos y con actitudes que sean verdaderas señales de nuestra esperanza escatológica.

Para terminar, ilustro este punto con un tema que todos conocemos: la respuesta de la iglesia ante los cambios demográficos que están teniendo lugar, no sólo en este país, sino en todo el mundo. Cuando miro a mi propia denominación (y otra vez, “a quien le venga el sayo, que se lo ponga”), veo toda una serie de respuestas al “reto” de los cambios demográficos. La Conferencia General se reúne, ve que según datos del Censo para el año 2050, cuando los niños que hoy se están bautizando sean adultos, la cuarta parte de la población será latina, otra buena parte será africana, y otra asiática, y da pasos para responder a ese reto. El reto es serio, como es serio para Crispy Cream el reto de las nuevas dietas. Y por ello la Conferencia General responde con un plan para ministerios hispanos, otro para ministerios coreanos, etc. —algo muy parecido a la respuesta de Crispy Cream, que está anunciando un nuevo “doughnut” bajo en carbohidratos.

Todo eso está bien. Pero lo cierto es que nos estamos enfrentando a las nuevas circunstancias como si se tratase únicamente de un cambio en el mercado, como Crispy Cream se acerca a las nuevas circunstancias.

Pero incluyamos en la ecuación la dimensión escatológica, y entonces nosotros los hispanos, y nuestros hermanos coreanos, y nuestras hermanas filipinas, no somos ya un reto, sino una oportunidad sin precedentes que el Señor nos está dando a todos —a la iglesia tradicionalmente mayoritaria y a todos nosotros los que venimos de tantos y tan diversos trasfondos— de gustar siquiera un atisbo de ese futuro que anunció Juan en Patmos:

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.”

Así sea. ¡Ven, Señor Jesús! ¡Amén!